



GANGSTERS

HOFFA I

EMPERADOR DE

LOS CAMIONEROS

James R. Hoffa, jefe del poderoso sindicato de transportistas norteamericanos, fue condenado a ocho años de prisión por intento de soborno a un jurado. Durante largos años, este gangster introducido en el mundo sindical de su país como otros muchos, ha logrado burlar a la justicia. Ahora parece que su apelación contra la sentencia va a ser rechazada por el Tribunal Supremo, según noticias de Washington. Esto puede hacer que «el emperador de los transportistas» comience el duro camino de su derrota final.

El caso de Hoffa pone al descubierto un sucio aspecto del sindicalismo norteamericano. Uno de los hombres que más han luchado por sanear los sindicatos y librarlos de los gangsters que controlan algunos de ellos, ha sido Robert Kennedy, quien hace años se enfrentó con el propio Hoffa, como miembro de una comisión senatorial de investigación.



Hoffa, izquierda, a la salida del tribunal que le juzgó en Chicago, hace dos años, acusado de fraude en los Teamsters. Arriba, Sam Baron en sus años de sindicalista y, ya envejecido, en el exilio de Montreal, adonde fue después de chocar con el todopoderoso James Hoffa, cuando todavía era un alto cargo en sindicatos.

EN 1959 el Congreso aprobó un proyecto de ley del presidente Eisenhower para controlar más de cerca los sindicatos americanos. Aunque sobre el papel la ley pretendía acabar con la influencia del gangsterismo en las organizaciones obreras, parece que de hecho lo conseguido fue muy diferente: se coartó la lucha sindical frente al capital y lo demás siguió como estaba.

El caso de Sam Baron es una prueba de ello. Baron era un antiguo miembro del partido socialista americano de Norman Thomas. Cuando dejó el partido se

dedicó a los asuntos sindicales, ocupando varios puestos en los Estados Unidos y en Canadá. En 1953 entró a trabajar con los *Teamsters*, el poderoso gremio de los transportistas, que podía hacer fracasar o triunfar las huelgas de los otros sindicatos según sus conveniencias e, incluso, paralizar la vida de un Estado. Allí conoció a James Riddle Hoffa, uno de los vicepresidentes, que llegaría a ser el hombre fuerte de los *Teamsters* dos años después al sustituir a Dave Beck, en la presidencia.

A Baron le fue muy bien en su puesto

hasta que chocó con el omnipotente Hoffa. Este era un hombre de cóleras repentinas y violentas, cosa frecuente en quienes están acostumbrados a mandar sin réplicas. Baron no pertenecía a la corte servil del poderoso, y el 17 de mayo de 1962 —nueve años después de ingresar en los *Teamsters*— entró en colisión con él. Aquella mañana soleada de primavera, en la lujosa sede que los transportistas tienen en Washington, comenzó "el calvario de Sam Baron". Según cuenta Bill Davidson en el *Saturday Evening Post*, Baron y Hoffa discutieron **SIGUE**



Amenazado, envejecido, perseguido, Sam Baron no ha perdido la esperanza de ver a su enemigo Jimmy Hoffa caer de la cúspide de su imperio sindical.

ese día, aunque no aclara demasiado los motivos. Al parecer Baron había respondido a una encuesta de cierta comisión federal y revelado datos que Hoffa quería mantener secretos. En la querrela llegaron a las manos y Hoffa golpeó a Baron. A pesar de que éste logró llevarlo ante el juzgado municipal del distrito de Columbia, demandándolo por lesiones, el presidente de los *Teamsters* salió libre bajo fianza y la causa no se vio nunca porque Baron no pudo presentar testigos de cargo: las once personas presentes en el incidente «no habían visto nada». Hoffa afirmaba que Baron llegó borracho al trabajo y que no hubo disputa, sino una simple caída de éste que le produjo pequeñas heridas. Las «pequeñas heridas» eran el ojo izquierdo amoratado y magulladuras en la cara y en las piernas.

A continuación Sam Baron se vio presionado por el soborno y por la violencia. Primero intentaron disuadirlo de que siguiera adelante con sus acusaciones ofreciéndole dinero: una pensión vitalicia de 30.000 dólares, un trabajo cómodo y bien retribuido en California... Cuando fracasó el soborno comenzaron las amenazas. Sonaba el teléfono en casa de Baron y al coger el auricular éste o su mujer, Bea, escuchaban una voz siniestra: «Te eliminaremos, renegado» o «¿Qué medida de ataúd necesitas?». La esposa enfermó. Un policía protegía la casa. En el país del F. B. I., un pobre hombre se hallaba casi indefenso ante la violencia.

Después siguió el cerco económico. Continuaba en los *Teamsters*, pero no le pagaban. Solicitó su pensión del fondo sindical y se la negaron. Por último, a los dos meses del incidente, fue despedido: le dieron solamente una mensualidad y la parte proporcional de vacaciones. Sin trabajo, con la mujer enferma y él mismo padeciendo de úlcera, sin crédito en los Bancos, que lo negaban ante las presiones de Hoffa, sin encontrar siquiera una compañía que le asegurase el automóvil, Sam Baron terminó por emigrar al Canadá, donde antes había trabajado cinco años, de 1944 a 1949. Allí sigue y allí murió su mujer en un manicomio.

Entretanto, Hoffa seguía en libertad y sin temor aparente de perderla. Estaba seguro en su puesto y consciente de su poder. Para hacernos idea de la fuerza de un jefe de los *Teamsters* vamos a ver el papel de este sindicato en la vida laboral americana.

Gran parte de los sindicatos norteamericanos se agrupan en el A. F. L. (*American Federation of Labor*) y en el C. I. O. (*Congress of Industrial Organizations*), fusionados en la A. F. L.-C. I. O. Los *Teamsters* tienen aproximadamente millón setecientos mil afiliados. Es el segundo sindicato en número de miembros, pero acaso el primero en poderío. Los *Teamsters* —cuyo nombre oficial es *Brotherhood of Teamsters, Chauffeurs, Warehousemen and Helpers of America*—

tienen el control casi absoluto del movimiento de las mercancías, ya que a pesar de que sólo se realiza en una tercera parte por carretera, debido al menor coste del ferrocarril, son los encargados del traslado desde las estaciones hasta los almacenes y lugares de consumo. De esta forma presionan sobre los patronos. Pero, por otra parte, también influyen en los demás sindicatos: cuando estalla una huelga, los *Teamsters* —si está indeciso el éxito— pueden asegurarlo negándose a llevar los obreros a las fábricas; y pueden hacerla fracasar transportando esquirolas o porteando las materias primas y aprovisionamientos, como hicieron en el año 1958 en Wisconsin, donde al no solidarizarse con los huelguistas hundieron una huelga en la empresa Kohler que duraba desde 1954.

Por su fuerza los otros sindicatos se ven obligados a pactar con ellos.

Entre los *Teamsters* reinaba Dave Beck con la simpatía de los patronos. Hacía negocios con el dinero del sindicato para el sindicato; y, a su vez, a la sombra del cargo, había amasado una fortuna personal de unos treinta millones de pesetas. En 1955 el A. F. L.-C. I. O. decidió limpiar los sindicatos de *racketeers* (chantajistas) y sanear las estruc-



Harold Gibbons es considerado por Sam Baron como el candidato más adecuado para presidir los *Teamsters*.

HOFFA I



Otras tres personalidades del mundo sindical que se consideran posibles para la presidencia si Hoffa es desplazado: Einar Mohn, John O'Rourke y Murray Miller.

turas administrativas del movimiento laboral yanqui. En la campaña depuradora Beck fue expulsado, siendo sustituido por Hoffa, hasta entonces uno de los once vicepresidentes del sindicato.

En su nuevo puesto James Riddle Hoffa (*Jimmy*), encontró un fuerte enemigo: George Meany, presidente de la A. F. L.-C. I. O. Pero también muchos amigos: la mayoría de los patronos, que veían con satisfacción a un hombre capaz de saltarse sin escrúpulos, cuando fuera preciso, las leyes laborales. Puede parecer contradictorio que un dirigente laboral favorezca al capital frente al trabajo. Sin embargo, esto en los Estados Unidos es algo usual: una comisión del senador McClellan reveló casos parecidos en su encuesta. Señalaban cómo en tiempos de Dave Beck, el antecesor de Hoffa, un amigo suyo trataba con ciertos patronos a los que se permitía pagar a los obreros sueldos menores a lo estipulado en la ley. Otros cotizaban regularmente una cuota para asegurarse contra el riesgo de huelgas: si alguno intentaba liberarse del tributo lo probable era que ocurriesen sucesos desagradables en sus almacenes o sus vehículos sufrieran accidentes graves.

Dentro de los mismos sindicatos había una creciente oposición a Hoffa. Uno de los miembros de la «comisión de prácticas morales» —que trata de desinfectar el A. F. L.-C. I. O.— atacó a los *Teamsters* en un congreso sindical de 1956. Otras comisiones le hicieron cargos

diversos. Incluso el mismo Congreso se ha ocupado de esto... Pero Jimmy Hoffa es un hombre muy hábil al que no es fácil vencer: la verdad es que, legalmente, no hay muchas pruebas en su contra. Hasta el año 1964 no vio peligrar su omnipotente reinado: tuvo dos condenas, a ocho y cinco años, por intento de soborno a un jurado y por fraude.

Los expertos del mundo laboral americano coinciden en señalar que si Hoffa triunfa en sus apelaciones, tendrá todavía más poder que antes y ya no habrá quién le detenga en su empeño de ejercer mayor control sobre otros sindicatos. Si la condena se reafirma y Hoffa ingresa en presidio, tampoco se habrá resuelto la situación. En opinión de Sam Baron —que desde su exilio canadiense sigue los pasos de Hoffa—, quienes decidirán la suerte de los *Teamsters*, si el presidente va a la cárcel, son los catorce miembros del consejo ejecutivo, personas honradas en su mayoría, pero que no se atreven a luchar abiertamente contra el jefe. «Además, los partidarios de Hoffa —añade Baron— pondrán en juego también sus grandes recursos. Cientos de ellos irán a la cárcel si una administración reformada ordenara exhibir e intervenir los libros. Por otra parte, si tienen éxito y logran llevar a un amigo al cargo —una especie de presidente nominal— la estructura que Hoffa ha construido quedará intacta y sería capaz de dirigir el rumbo de la asociación desde la cárcel, como Lucky Luciano continuó rigiendo sus

bandas desde Sing-Sing hasta que fue deportado. Todos los que Hoffa ha protegido a través de los años, seguirán actuando precisamente como ellos han venido haciéndolo y Hoffa puede conservar su imperio recurriendo a preparar media docena de decisiones claves desde su celda».

Hay dudas entre los hombres que suenan como posibles sucesores de Hoffa, todavía temible. Pero también hay grupos que son capaces de oponerse a su tutela: John O'Rourke, jefe de los *Teamsters* neoyorquinos, apoyó con los suyos a Robert Kennedy cuando éste fue elegido senador, a pesar de que la decisión era contraria a los intereses de Hoffa.

El saneamiento de los *Teamsters* —que es, junto con los *dockers* de los puertos, uno de los sindicatos más podridos— depende en parte de estos hombres que son capaces de oponerse a los «gangsters». Y, a más largo plazo, de que los sindicatos norteamericanos sepan asumir el papel a que están llamados en la vida futura del país, para lo que habrán de superar su falta de conciencia política y sus reservas frente a otros sectores laborales hasta ahora ignorados. En la organización actual, donde un individuo decidido a todo puede llegar a puestos claves, los «gangsters» encuentran un excelente terreno para medrar.

(Información sobre el caso Sam Baron, de Bill Davidson. Fotos de Paul Gelinós. Copyright Curtis Publishing Company.)